II Trimestre de 2008
Libro Complementario

La gloria de Jesús
Todavía toca los corazones

Roy Adams

Capítulo 11

El poder de su resurrección

En una visita que hice a Bangkok, Tailandia, en marzo del año 2003, me inscribí en la excursión al palacio real y el Buda de esmeralda. La capilla real, parte del complejo de edificios reales, es un impresionante edificio dorado, y allí se encuentra el Buda de esmeralda que pesa cinco toneladas y media.

Entre los millares y millares de visitantes que abarrotan el lugar cada día, están algunos que vienen a adorar al templo. Durante mi visita al lugar observé que devoto tras devoto le rendía adoración a Buda. Observé a un hombre que se postró frente a la imagen con particular fervor. ¡Cómo me habría gustado hablarle! ¡Cómo me habría gustado decirle: "Señor, ¡no hay nadie en casa! Esta imagen no puede escucharle, usted sabe bien que Buda está simplemente muerto. ¿A quién, entonces, le está suplicando usted, Señor? *¿Y qué espera usted que ocurra?"*

Toda aquella devoción parecía tristemente inútil: ¡Genuflexiones frente a una inanimada representación de un personaje religioso muerto! Y sin embargo, esa es la historia de todas las religiones no cristianas del mundo. Únicamente el cristianismo ancla su fe en un Salvador viviente.

El corazón del mensaje cristiano

El concepto de un Salvador y Señor viviente coloca a la resurrección en el mismo corazón del mensaje cristiano, haciéndola el objeto de los más violentos ataques de parte de los enemigos y detractores del cristianismo. Ya en sus días Pablo sintió la necesidad de contender con aquellos que querían abandonar esta creencia central de la fe cristiana. Y en 1 de Corintios 15, su más largo alegato sobre el tema en todos sus escritos, presenta todos los argumentos en defensa de la doctrina de la resurrección. "Porque primeramente os he enseñado lo que asi-

mismo recibí", dijo, "que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras" (versículos 3, 4). "Y si Cristo no resucitó", arguye Pablo, "vana es entonces nuestra predicación", "vana es también vuestra fe", "aún estáis en vuestros pecados", y "también los que durmieron en Cristo, perecieron" (versículos 14, 17, 18). Así de serio es el asunto.

Pero a pesar de todos los argumentos de Pablo, muchos teólogos modernos han decidido seguir el camino de los críticos antiguos del cristianismo y prácticamente niegan la realidad de la resurrección física. "La disposición de ciertos teólogos influyentes de nuestros tiempos a comprometerse con la historiografía posterior al Siglo de las Luces", dice Alan Richardson, "es una señal de la desintegración del protestantismo". [1]

La idea de "desintegración del protestantismo" es, claramente, una declaración excesiva; pero uno tendría que preguntarse si no hay una relación entre la negación de la resurrección (y otras doctrinas básicas de la fe cristiana) y el fenómeno de las iglesias vacías que vemos en la actualidad en ciertos países históricamente cristianos.

En un artículo escrito en Canterbury, Inglaterra, en el año 2001, T. R. Reid, corresponsal del *Washington Post,* recordando al gran poeta inglés Geoffrey Chaucer, les recordó a sus lectores la epopeya de los peregrinos que se dirigían "en multitudes" hacia la "majestuosa catedral de su ciudad, procedentes de todas partes de Europa...". [2]

"Pero", dice Reid sombríamente, "la fe que impulsó a aquellos peregrinos está severamente disminuida hoy. El domingo pasado, a la hora de la oración matutina, la gran bóveda de la Catedral de Canterbury miraba hacia abajo a un gran total de trece adoradores. Al mediodía, durante el servicio de la Comunión, mejoró con aproximadamente trescientas personas, incluyendo los niños del coro, con sus togas blancas y un grupo de turistas con cámaras de video. Pero todavía quedaban el 80% de los asientos vacíos. [3]

Esta historia es similar en toda Europa Occidental, dice Reid. "En Amsterdam [por ejemplo], la jerarquía de la Iglesia Holandesa Reformada está convirtiendo a las iglesias en lujosos apartamentos para pagar sus gastos". [4] "Considerando

---

[1] *A Dictionary of Christian Theology,* Alan Richardson, ed. (Filadelfia: Westminster Press, 1976), art. "Resurrection of Christ".

[2] "Hollow Halls in Europe's Churches", *Washington Post,* 6 de mayo de 2001, p. Al.

[3] *Ibíd.*

[4] *Ibíd., pp.* A1, A22.

que el poder de las convicciones religiosas encendió sangrientas guerras, inspiró inmortales obras de arte e impulsó a miles de personas a invertir décadas de duro trabajo para erigir majestuosas catedrales, como la de Canterbury", concluye Reid reflexivamente, "es sorprendente cuan poco de ese fervor existe hoy en la Europa moderna". [5]

Y la pregunta es: Si los cristianos toman en serio *el hecho* de la resurrección de Jesús, ¿cómo pueden mantenerse callados? ¿Cómo podemos permanecer fríos ante ese estremecedor fenómeno? Que un hombre llamado Jesús existió en el primer siglo está más allá de todo cuestionamiento histórico. Que ese hombre fue muerto, que resucitó de los muertos, y que está vivo hoy es tan absolutamente anonadador para la mente humana en sus implicaciones, que nadie que en realidad lo acepte puede permanecer inconmovible.

Creíble y no manipulada

La historia evangélica de la resurrección respira credibilidad, incluso en los detalles que no concuerdan perfectamente entre sí. Lo que quiero destacar es la forma como es narrada la historia: ausencia total de pretensiones, nada de ofuscación, nada de cosas sin sentido, o lo que los eruditos llamarían "argumentos especiales" (detalles gratuitos incluidos para darle credibilidad al relato). Uno obtiene la impresión de que los escritores de los Evangelios simplemente relataron las cosas como las vieron, incluso con el embarazo potencial de aquellos que habían sido los líderes máximos de la iglesia en ese tiempo.

Considere los siguientes seis puntos como ejemplos:

1. *Los acontecimientos que condujeron a la crucifixión.* Todo lo que ocurrió antes de la crucifixión parece seguir un orden natural, como cabría esperar: la traición de Judas; el arresto en la noche (una hora cuando las impredecibles multitudes estarían prácticamente ausentes); la celeridad del juicio, con todas sus ramificaciones políticas y religiosas en acción (Herodes y Pilato se hicieron amigos, ¿quién toma en cuenta un detalle como ese cuando narra la historia?); el abuso de los soldados romanos (lo escuchamos de escritores que tenían las mismas oportunidades, que no tenían compromisos con las autoridades judías, parecen describir los eventos exactamente como ocurrieron); el camino hacia el Calvario y la reacción física de Jesús bajo la carga de la cruz.

---

[5] *Ibíd., p.* A22.

Nos queda la impresión de que nada en el registro es "fijo" o calculado. Ninguno de los doce discípulos de Jesús aparece oliendo como rosa fresca después de los registros. No, todos abandonaron a Jesús en su hora más vulnerable. Incluso Pedro, el campeón del día de Pentecostés y prominente líder de la iglesia primitiva, aparece en el texto con todas sus imperfecciones y defectos expuestos para que todo el mundo los viera. No hay ninguna manipulación de la historia. Es algo candido, genuino. En un mundo dominado por los hombres, ¿qué tipo de narrador urdiría una historia en la cual los líderes machos del grupo se andan escondiendo, con la cola entre las patas, mientras las mujeres toman sus lugares al lado de su héroe moribundo sobre una cruz romana? No, este es un relato auténtico.

2. *La mención del incidente del velo del templo.* En el momento en que Jesús exhalaba su último aliento, dice Mateo, "el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo" (Mateo 27:51). En el mismo versículo menciona Mateo el incidente de un terremoto, algo que algunos podrían decir que sintieron, mientras que otros podrían declarar que no lo habían sentido. Pero el relato del velo del templo que se rompió es una evidencia constante que podía verificar cualquiera que tuviera interés en comprobar lo. Usted no pone por escrito un detalle como ese si no es ver dad. El falso obrador de milagros por fe puede pretender sanar una vesícula biliar o un tumor intestinal, que no podemos ver; pero nunca sana un brazo o una pierna fracturados o el ojo completamente dañado de un ciego. El incidente del velo del templo fue algo concreto, podría haber sido verificado por centenares, si no millares, de testigos en aquella hora del día, y podría haber sido refutado con sólidas pruebas si no hubiera ocurrido.

   Si, como lo han sugerido muchos comentaristas bíblicos, el libro de Mateo fue escrito antes del año 70 d. C., es decir, antes de la caída de Jerusalén, entonces, el templo estuvo disponible como prueba A, para probar o refutar el aserto de Mateo.

3. *La solicitud presentada durante el sábado por las autoridades judías.* Poniendo a un lado sus escrúpulos con respecto al sábado, los principales sacerdotes y los fariseos le pidieron a Pilato que pusiera una guardia en el sepulcro donde había sido colocado Jesús. Recordaban, según le dijeron al gobernador, que Jesús había dicho que resucitaría al tercer día. "Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error, peor que el primero" (Mateo 27: 62-64).

Era, sin lugar a dudas, una maniobra muy hábil para cualquiera que dudara que Jesús podía hacer lo que había dicho que haría. Porque si este popular movimiento galileo era una farsa, entonces sería muy prudente tomar medidas para que el cuerpo muerto de su líder estuviera bien vigilado, evitando el falso informe de una falsa resurrección. Un aserto ficticio de que había resucitado sería la fuente de una peligrosa confusión e inestabilidad en Jerusalén, y en toda la región.

Pero, como quien observa un juego, y que sabe algo que los jugadores ignoran, sentimos un divertido alborozo al conocer la sugerencia de estos líderes. Si hubieran tenido un mejor control de lo que ocurría en la ciudad, o, al menos una mejor idea del estado en que se encontraban los seguidores de aquel fastidioso nazareno, habrían notado la total ausencia de aquellos hombres en el juicio de Jesús. Y, si hubieran tenido la curiosidad, habrían preguntado por qué, a pesar de la valentía mostrada por Pedro al sacar la espada en el Getsemaní, todo el grupo de hombres había puesto pies en polvorosa por temor. Armados con tal información, ¿creían y esperaban de verdad que este aterrorizado grupito tuviera la audacia de asaltar la tumba de Jesús y usar su cuerpo robado como pretexto para lanzar un ataque contra todo el poderío judío bien atrincherado?

Por muy improbable que fuera la idea, es evidente que los líderes religiosos judíos temían mucho esa posibilidad. Y no se les ocurrió pensar que la petición de una guardia para cuidar el sepulcro contribuiría inadvertidamente a la credibilidad de la resurrección, si ocurriera, después de todo. Porque el hecho de poner una guardia oficial en el lugar, proporcionaría testigos entrenados, imparciales, presenciales, del evento más glorioso de la historia humana. Sin pensar en el potencial que tenía lo que pedían, y con la anuencia del gobernador: "Fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia" (Mateo 27:66).

4. *La forma libre de preciosismos literarios como narran la historia.* Uno puede imaginar que un impostor que manipulara esta historia se habría lucido contando la historia de la resurrección: la forma exacta en que ocurrió. Esos detalles faltan en los cuatro Evangelios. Lo que describen son incidentes que rodean a la resurrección, no el evento mismo. La aparición de un ángel en el lugar precipitó un violento terremoto, dice el relato de Mateo. El ángel, brillante como llamas de fuego, hizo rodar la piedra que sellaba la tumba y puso a dormir a los guardias que temblaban de terror. "Temblaron y se quedaron como muertos" (Mateo 28:2-4).

5. *El comportamiento de las mujeres.* El informe es ampliamente creíble,

tanto en su descripción de la reacción de las mujeres, como en sus aparentes discrepancias y detalles.

Con respecto a la reacción de las mujeres, es exactamente lo que cabría esperar en esos momentos de alta tensión emocional. Se les dijo que Jesús había resucitado, como él había dicho, y se les mostró el lugar donde había sido puesto su cuerpo. Mateo informa que mientras ellas se alejaban corriendo, iban "con temor y gran gozo" (28: 8), exactamente las emociones que uno esperaría que se manifestaran bajo aquellas circunstancias. ¡Ellas esperaban ungir un cuerpo muerto, pero ahora le hacen frente a un hecho que sobrepasa con mucho a sus sueños más descabellados! No es extraño que se "fueron corriendo" del lugar "a dar las nuevas a sus discípulos" (Mateo 28:8). ¿Quién sería capaz de mantener el control ante noticias tan asombrosas? Pero si sus cabezas ya estaban mareadas bajo la enormidad de las increíbles noticias, lo más asombroso todavía estaba por venir. Jesús se encuentra con ellas, y las saluda. Totalmente dominadas por el asombro, caen sobre sus rodillas ante él, abrazando sus pies y adorándolo (Mateo 28:9).

El relato de la experiencia de las mujeres en los cuatro Evangelios no encaja perfectamente en todos los detalles; hay variaciones y aparentes discrepancias. ¿Estaba el ángel sentado fuera sobre la piedra cuando llegaron (Mateo)? ¿O estaba el mensajero celestial dentro de la tumba y sentado sobre al lado derecho (Marcos)? ¿Había un solo ángel (Mateo y Marcos)? ¿O eran dos (Lucas y Juan)? ¿Hicieron Pedro y Juan una visita a la tumba muy temprano después de escuchar el informe de Mana Magdalena (Juan)? ¿O escucharon primero la historia de las dos mujeres, y les parecieron como "locura las palabras de ellas" (Lucas 24:9-11)? Y todavía hay más.

Todos los que han escuchado alguna vez el testimonio de testigos presenciales confiables apreciarían lo que estaba ocurriendo allá. Pero a través de todos los detalles, una cosa es roca sólida; no hay variación alguna, absolutamente ninguna discrepancia. *¡Él no está aquí! ¡La tumba está vacía!* Es la historia esencial que quieren contar.

6. *El soborno de los guardias.* Algunos de los guardias, sin ningún prejuicio, recuperados, pero probablemente todavía temblorosos por el trauma que habían sufrido temprano por la mañana, corrieron a la ciudad, "y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido" (Mateo 28:11). Si apreciaban en alguna medida la importancia de la información que tenían, todo interés se evaporó ante la inmensidad de lo que habían visto en aquellas horas que precedieron al amanecer. Rápidamente, sintiendo que aquellos hom-

bres estaban en posesión de una historia que, si se diseminaba, podría sacudir su poder, cuidadosamente protegido, hasta en sus mismos fundamentos; los principales sacerdotes y los ancianos ordenaron a los guardias que comprometieran su integridad a cambio de "mucho dinero"; y les ordenaron decir, "sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos" (Mateo 28:13). "Y ellos, tomando el dinero, hicieron como se les había instruido" (versículo 15).

Una vez más, estas son alegaciones muy concretas, no pueden hacerse, a menos que haya algo concreto tras ellas. Pero alegaciones que, después de todo, eran muy fáciles de refutar, si no hubieran sido verdaderas. Sin embargo, la fuerte suma de dinero no mantuvo en secreto la historia. Porque Mateo informa que "este dicho se ha divulgado entre los judíos hasta el día de hoy", es decir, para el tiempo en que estaba escribiendo, tres décadas después.

Esos seis puntos subrayan para mí la credibilidad de la historia de la resurrección.

Para mí, y pienso que para muchos millones de otros cristianos, una de las declaraciones más gloriosas de toda la historia de la resurrección, salió de la boca del ángel en la tumba, tan gloriosa como el anuncio angélico en el nacimiento de Jesús. Dirigiéndose a las mujeres que habían venido a ungir el cuerpo de Jesús, el ángel pronunció estas palabras inmortales: "No está aquí" (Mateo 28:6). Esas eran, precisamente, las mismas palabras que los líderes religiosos temían tanto, de allí el sellamiento de la tumba y la guardia militar para cuidarla. Pero la ausencia del cuerpo de Jesús no fue el resultado del trabajo de un comando armado perpetrado por sus seguidores en las sombras de la noche. Desde el punto de vista de los líderes judíos, fue infinitamente peor. Dijo el ángel: "No está aquí, pues ha resucitado" (Mateo 28:6).

¡Absolutamente asombroso!

Nuestra esperanza suprema

De todas las declaraciones de seguridad que Jesús nos dio, ninguna es mayor que la que se encuentra en Juan 10:27. 28: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano".

En el griego, el verbo "doy" está en presente. Cuando venimos a Jesús por fe, él nos da vida eterna, para que digamos, ya no "vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gálatas 2:20). En otras palabras, la vida eterna es un don

que el cristiano recibe aquí y ahora: en el momento en que acepta verdaderamente a Jesucristo como su Salvador.

Esta "vida eterna" es *cualitativa,* no *cuantitativa.* ¡Pero es, de todos modos, vida eterna! A menos que el segundo advenimiento se produzca primero, todos moriremos. Pero si morimos en Cristo, dicha muerte no será más que una breve interrupción de la vida que ahora tenemos en Cristo Jesús. Despertaremos al glorioso llamado del Dador de la vida para continuar la vida eterna comenzada aquí, la vida eterna que no tiene fin, *vida eterna cuantitativamente.*

Qué glorioso día será aquel, cuando "esto corruptible sea vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria" (1 Corintios 15:54). Entonces aquella madre, obligada a dejar a su precioso bebé bajo el frío túmulo; el solitario esposo, cuya compañera de muchos años fue arrebatada por la cruel garra de la muerte; niños dejados solos, tristes y temerosos; todos cantarán entonces, todos reirán entonces, todos juntos gritarán con voz retumbante la mofa universal: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?" (1 Corintios 15:55).

Jesús da a sus ovejas vida eterna, y dice: "No perecerán jamás" (versículo 28).

El temor universal en el corazón humano no es tanto el temor a la muerte, sino el temor de *perecer, de no existir.* Es un temor que el más secular entre nosotros no puede evitar. En lo más profundo del corazón humano está arraigado el deseo de una existencia continuada: si no aquí, en algún otro lugar. De ahí que el fenómeno de la muerte se halle rodeado de tanta desinformación y superstición. El espiritismo prospera en este deseo profundamente arraigado en el corazón de todos nosotros para trascender la realidad de la muerte.

Recuerdo un anuncio en Rochester, Nueva York, considerada por muchos como la ciudad cuna del espiritismo moderno. De pie, en el lugar donde estaba la casa de las hermanas Fox, dice: "No hay muerte. No existen los muertos". Un intento deliberado, si es que no, desesperado, de negar la cruel realidad de la muerte. Cuando hablamos acerca de la muerte, estamos en el terreno más importante de la experiencia humana. El asunto no podría ser más decisivo, y más nos vale asegurarnos de comprenderlo perfectamente.

Hace algunos años tuve el privilegio de visitar Atenas; y mientras vagaba por la boscosa zona de la Acrópolis, llegué a la prisión de Sócrates. Sócrates, después de ser condenado por la falsa acusación de "corromper a la juventud de Atenas", fue encerrado en aquella formidable fortaleza subterránea hasta el día en que bebiera la cicuta por sentencia de los jueces.

Platón, que, según él mismo dice, estaba fuera de Atenas en ese tiempo, nos cuenta como Gritón y los otros discípulos de Sócrates presentes en la capital se reunieron tristemente alrededor de su maestro en aquel día final, solo para encontrar al gran filósofo muy alegre y feliz. Estaba alegre, feliz y lleno de gozo porque para él, la muerte era, meramente, un pasaje de este miserable mundo al de la verdadera realidad, donde se uniría con los grandes pensadores que se habían ido antes, y podría conversar con los dioses.

Pero en completo contraste con Sócrates, Jesús le hizo frente a la muerte como una terrible realidad, como un mortal enemigo: "Con ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas" (Hebreos 5:7). Le hizo frente al terrible villano que es la muerte en toda su terrible realidad, para que usted y yo pudiéramos tener la confianza de hacerle frente sin temor.

Leí en alguna parte que justo antes que exhalara su último aliento, Sócrates sintió un cambio en su estado de ánimo y dijo a sus discípulos: "Ahora ha llegado el fin, y pienso que ya veo las islas doradas; pero, ¡oh, si tuviera una barca más sólida!, ¡oh, si tuviera una palabra más fuerte!" ¡Lo que el gran filósofo deseaba para el día de su muerte lo tenemos en Jesús! En Jesús tenemos esa "barca más sólida". En él tenemos la "palabra más fuerte". Y él nos dice cuando entramos a los tenebrosos portales de la tumba: Yo soy "el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades" (Apocalipsis 1:18).